

ESCRITORES INDEPENDIENTES

**CUARTO
PARA
MEDIANOCHE**

Antología



Cuarto para medianoche

Antología

Escritores Independientes



HOJA EN BLANCO

Cuarto para medianoche

Antología

Organizada por **Hoja en blanco** con la colaboración de la administración y moderación del grupo de Facebook **Escritores Independientes**

Diciembre 2020



Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-
SinObrasDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Índice

- Prólogo**, Héctor De la Cerda **7**
- El aroma de la Navidad**, Sergio A. Amaya Santamaría **11**
- Las hermanas**, Isa Hdez **15**
- Cenicienta**, Eelynn Cuellar **23**
- Contrarreloj**, Ariel Armando Sosa Mansilla **33**
- Érase una vez... en Nochebuena**, Liliana De Toma **45**
- Arreboles de Nadal**, Raquel Piñeiro González **47**
- El hombre-araña**, Eduardo Enrique Rocha Prieto **53**
- Un breve sueño de Navidad**, Rafael Lulet **59**
- Un ángel como regalo**, Olga Mercedes de Paz Montalván **71**
- Roja Navidad**, Andrea Hernández Linares **73**
- La última noche**, Ismael Lobni Mercedes Zamora **83**
- Un cuarto antes de fin de año**, Cristian Ángel Ortus **87**
- Regalo de Navidad**, Almudena Molina García **97**
- Santa 2020**, Christian Alexis López **107**
- Natividad**, Silvana R. Marchese **119**
- Resumiendo los tiempos**, de Mireya Sáenz **121**

Prólogo

Escritores Independientes en Facebook es un punto de encuentro para aquellos que, de manera independiente, se abren camino en el menester de escribir. Una comunidad que busca ser una especie de faro en esta inmensidad de propuestas escritas.

Hay de todo en esta comunidad. Algunos escriben de manera profesional, otros lo intentan, y hay también quien se acerca en busca de ayuda y consejo.

El escritor “Indie” se enfrenta a grandes desafíos, siempre con la intención de que sus letras no queden en el olvido.

Hace ya más de un año que comenzamos con el proyecto, encendiendo el faro que poco a poco fue atrayendo a viajeros de las letras. Mantener la comunidad sana y abierta,

ha sido un gran desafío, pero hasta hoy lo hemos logrado.

Parte de nuestra cultura como comunidad es la de fomentar la sinergia, ya que esta es la clave que nos permite, como escritores independientes, hacer frente a los embates de las grandes editoriales, que la mayoría de las veces son verdaderos mercenarios y piratas de las letras, y nuestras pequeñas balsas se abruman y a veces sucumben, impotentes, ante sus avanzadillas comerciales.

Siempre bienvenidos aquellos que suman, ya que unidos somos más, unidos somos fuertes, unidos se incrementan las posibilidades de difundir y aprovechar espacios para dar a conocer nuestras propuestas, y esta antología es nada más y nada menos que un esfuerzo que pretende llevar las letras de algunos de aquellos que aceptaron el reto de participar.

Este barco está a punto de zarpar, por nombre lleva ***“Cuarto para medianoche”***, ya que así será su botadero, faltando un cuarto para la medianoche del primero de enero del 2021. Comenzará su viaje cargado de histo-

rias navideñas de autores independientes, y regresará a puerto el año que viene, para contarnos sus hazañas y a cuántos lectores enamoró.

Dejo pues a ustedes ser testigos de este homenaje a los escritores independientes y sus andanzas por el océano de la lectura.

Que lo disfruten.

Héctor De la Cerda

El aroma de la Navidad

Sergio A. Amaya Santamaría

El rancho “La caja” es un pequeño poblado montado en una loma, viendo hacia el valle donde se asienta Irapuato. Al pie de la loma discurre un arroyo, afluente del río Silao, una mansa corriente que cruza debajo de un puente de piedra para regar las tierras del rancho “Españita”.

En tiempos de siembra, el valle se cubre del verde de los maizales, combinado con el esmeralda del sorgo. Cuando los frutos están maduros, el color dominante es el rojo de las panojas del cereal y los maizales se cubren de colores ocre y dorados claros. Cuando al fin se levantan las cosechas, solo quedan varejones y pilas de rastrojo que de a poco se irán llevando para alimentar al ganado. Llegado el invierno la tierra queda libre y en

reposo, para volverse a nutrir y adquirir fuerza para la siguiente temporada.

Uno de esos días, los hermanitos José y Francisco, salieron montados en su inseparable asno “Blanquito”. Los niños, de ocho y diez años, conocían muy bien los terrenos cercanos a su rancho y ellos mismos eran muy conocidos por todos los vecinos, que los cuidaban como propios; desde muy temprana edad los habían visto caminar por los alrededores. Esa mañana había amanecido un poco más fría que de costumbre, por lo que los niños iban muy bien abrigados con unos gabanes y gorros tejidos por su madre.

Cansados de ver siempre los mismos paisajes, Francisco, el mayor de los hermanos, propuso aventurarse hacia el cerro de Santa Teresa, una elevación que domina todo el valle, así que los viajeros cruzaron el puente de Españita y, por un viejo camino de herradura, empezaron a ascender, recorriendo el perímetro del cerro. Cuando llegaron al lado contrario del valle de Irapuato, vieron sentada a una mujer con un niño en sus brazos;

educados en las costumbres rurales, los niños saludaron a la mujer.

—Buenos días, señora —saludó Francisco.

—Buenos días, hijitos, ¿qué hacen tan lejos de su casa? —preguntó la mujer.

Los niños se vieron desconcertados, a la mujer no la habían visto nunca, por lo que no debería conocerlos.

—¿Usted nos conoce? —dijo José.

—Claro que sí, los he visto desde que eran pequeñitos como mi hijo. ¡Brrr!, hace frío —dijo la señora, en tanto envolvía al niño en el rebozo—. ¿Quieren oír una historia?

—¡Sí! —dijo entusiasmado José, aceptando también Francisco.

Los niños se apearon del asno, dejándolo libre para que buscara hierba fresca, y fueron a sentarse junto a la señora. Al verlos llegar, el niño les sonrió.

—Hace muchos, muchos años, en un ranchito muy lejano, en una noche fresca, nació un niño como este —inició el relato en tanto enderezaba a su pequeño—. Vino al mundo en una situación de pobreza, pero ro-

deado del amor de sus padres, y vino a traer mucho amor y esperanza de una vida mejor; desde entonces me encargó que cuando viera a un niño le diera yo un regalo, y ese Niño les manda esto —dijo en tanto sacaba de un canasto unos apetitosos panes enmelados. Les dio cuatro panes, para que llevaran a sus padres.

Los niños los aceptaron emocionados, y es que mucho les gustaban los panes cubiertos de miel. Viendo José que el bebé no tenía gorro, se quitó el suyo y se lo puso, consideró que el frío le molestaría al infante. La madre les agradeció el regalo y les recomendó que volvieran a su casa, no les fuera a sorprender la tarde alejados de su rancho.

Los niños obedecieron y montaron en Blanquito; cuando voltearon para despedirse de la señora, no la vieron por ninguna parte. Tristes y sorprendidos, oliendo el agradable aroma de los panes, se alejaron en silencio con rumbo a su casa. El olor de esos panes cubiertos de miel, les recordaba la cena de la ya próxima Navidad.

Las hermanas

Isa Hdez

La premura de Rosa por llegar a su casa esa tarde le obligó a rechazar la invitación de Mario, que se quedó extrañado con la respuesta inesperada e inadecuada de su compañera, por lo que dedujo que algo anómalo ocurría para que ella se comportara de esa guisa. Rosa era muy cuidadosa en las formas; argüía con frecuencia que se apartaba de la gente maleducada y con malos modales. Mario la rondaba desde hacía tiempo, pero ella le daba largas a cualquier relación que no fuera amistosa y de trabajo. Esa tarde salió antes de tiempo y casi sin despedirse. Pensaron en la oficina si sería para comprar unos detalles para las fiestas de Navidad, esos que había comentado por la mañana que dejó en-

cargados, pero no justificaba las formas que esgrimió.

A Rosa no le gustaba intimar, era celosa de su vida privada y protectora de su única hermana, Azucena, maestra de escuela. Vivían juntas en la casa de la playa del risco, con su pastor alemán, Jumbo, desde que falleció su madre hacía ya dos años. Eran muy diferentes, pero las unía la promesa hecha a su madre en el lecho, de que cuidarían la una de la otra. Su madre quedó viuda muy joven con las dos niñas pequeñas, y luchó para darles una buena educación y unos estudios que les permitieran ganarse la vida cuando ella faltase. Con la escasa paga de viuda de su marido y lo que ella ganaba con la costura, salieron las tres adelante y pudieron conseguir sus logros. Azucena era tres años menor que su hermana; terminó sus estudios de maestra y ejercía en la ciudad. Rosa hizo empresariales y trabajaba en una gestoría encargada de la oficina. Las dos estaban bien pagadas para una época en la que a las mujeres aún no se las aceptaba ni eran bien recibidas en según qué trabajos. A principio de los

setenta las mujeres empezaban a hacer pinitos, aún era un mundo dominado por los hombres, pero ellas lucharon por un puesto de trabajo digno con la ayuda de su madre, que no quería que sus hijas se quedaran en casa; creía que ella ya había cumplido con las labores del hogar y el cuidado familiar. Sus hijas estaban trabajando en lo que habían elegido y su madre estaba orgullosa porque habían conseguido lo que ella más deseaba, que era estar bien consideradas, liberadas y respetadas.

Azucena sufría desvanecimientos con relativa frecuencia por anemia crónica. Había sido enfermiza desde pequeña, y su madre la cuidaba y estaba siempre pendiente de ella para que se vigilara y se hiciera los controles médicos pertinentes. Destacaba su palidez y ojeras pronunciadas bajo sus enormes ojos azul mar; su cabello dorado caía sobre sus hombros y adornaba su figura escuálida. Era muy afable y sus niños en la escuela la adoraban. Se pasaba las tardes haciendo dibujos y figuras que luego los niños pintaban de colores en la escuela. Rosa era más briosa, so-

ciable y alegre; alta y elegante, morena de pelo y ojos negro azabache; muy pulcra en los modales. Su madre las había educado muy bien a las dos y cuidaban de que estuviera orgullosa de ellas. Rosa rondaba los treinta años, y se ocupaba más de todo lo relativo a la casa, aunque pagaban una señora que les hacía la limpieza general dos o tres veces al mes. Se llevaban bien entre ellas, pero hacían vidas muy dispares. Azucena no quería saber de relaciones con chicos, ni le gustaba salir de casa en los días libres, sin embargo, Rosa era un torbellino y traía en jaque a los que la conocían, por su carácter jovial, alegre y chancera. Su compañero Mario, abogado de la empresa, guapetón y sociable, esperaba a que ella tuviera a bien concederle ser su compañero de vida, pero siempre le daba largas, lo frenaba y aquietaba sus deseos. Pudiera ser debido a la dedicación que ella se atribuía hacia su hermana por la promesa hecha a su madre. Mario desconocía este hecho e insistía, pero ella con chacotas lo iba relegando, pese a que todos los indicios hacían suponer que le gustaba, por como

hablaban sus ojos y las sonrisas de sus miradas cruzadas.

Mario seguía preguntándose qué le habría pasado a Rosa para salir corriendo, y poco después no pudo aguantar más y salió tras ella; a distancia vio cómo se dirigía a la escuela donde trabajaba su hermana Azucena. Al llegar se encontró con un gentío que le imposibilitaba averiguar qué era lo que pasaba entre el tumulto, hasta que al preguntar le explicaron el incidente. Azucena había tenido uno de sus desvanecimientos y se la había llevado la ambulancia al hospital, y estaban atendiendo a Rosa que se había desmayado al conocer el incidente de su hermana. Se acercó como pudo entre el gentío, y la ayudó a reponerse dándole ánimo y seguridad con su cercanía amigable.

En cuanto Rosa se reconfortó salieron hacia el hospital para ocuparse de Azucena. Al llegar la estaban esperando para darle la noticia de su hermana. No habían podido reanimarla esta vez, la anemia se había agudizado y no recobró la conciencia, se extinguió el brillo de sus ojos. A Rosa se le oscureció

el pecho, y destrozada tuvo que asumir la pérdida de su hermana. Las fiestas de Navidad y Año Nuevo apagaron todas las luces para Rosa; solo percibía penumbra, tristeza y desconsuelo, y pedía perdón recordando a su madre por si no hubiera estado tan pendiente de su hermana como ella hubiera deseado.

Mario fue su apoyo incondicional y no la dejó sola ni un momento, brindándole toda la ayuda emocional que ella requería hasta su recuperación. Rosa no tenía suficientes palabras de agradecimiento hacia él, y poco a poco fue encendiendo alguna luz. El tiempo y su carácter enérgico fueron sanando el dolor que sentía por la pérdida de su hermana, y siguió adelante junto a su perro Jumbo. Todo había quedado aclarado para Mario, que no tardó en declararle su amor, y acaecidas las fiestas navideñas, se casaron.

La llegada de Sara se hacía interminable; otra vez le tocaba esperar a Mario, que estaba ansioso por ver la carita de su hija. Rosa, henchida de felicidad y aletargada por su avanzado embarazo, lo contemplaba con

disimulo por encima del libro que estaba leyendo, sin que él se apercibiera, y se sentía segura, agradecida y honrada por tenerlo a su lado, pero una ligera inquietud la rondaba, como si no fuera merecedora de tanta dicha.

Cenicienta

Eelynn Cuellar

31 de diciembre 2020, 11:59:50 pm.

10, 9, 8...

Corro lo más deprisa que mis piernas responden, es tan difícil hacerlo con estos tacones de diez centímetros... Estoy tan acostumbrada a moverme a esta altura, que cuando comencé no encontré dificultad alguna, pero ahora comprendo que no es lo mismo caminar o subir escalones que ir a esta velocidad, y por si esto no fuera suficiente, traigo agarrada una esquina del vestido, que es un enorme y pomposo vestido de noche que decidí usar para recibir el año nuevo. "Antes muerta que sencilla" era una de mis

frases célebres, y ahora me lamento de no traer ropa más cómoda.

Solo espero que quien venga detrás de mí tenga mala condición física, y que yo sea más ágil en tacones. Mi peor pesadilla, y la de cualquiera, aparte de que sería un cliché, es ser asesinada por un psicópata mientras todos gritan "¡Feliz Año Nuevo!"

Intento correr por mi vida y no se ve por ninguna parte mi caballero andante en su corcel blanco dispuesto a rescatarme.

7, 6, 5...

Mierda, mierda, mierda.

Ni en mi peor pesadilla imaginé que así comenzaría el 2021.

Escucho cómo la gente que está cerca hace el conteo regresivo, y yo aquí, corriendo por la calle.

Si esto fuera una película de terror, ya me imagino la música que me acompañaría en esta carrera por mi vida.

31 de diciembre 2020, 6:18 pm.

—¡Por el amor a Dios, Santiago! Apaga ya la televisión, se nos está haciendo tarde y ni siquiera te has bañado.

Al ver que no me hace caso, intento agarrar el control remoto, pero él ve mis intenciones y lo toma primero.

—Espera, mujer, que ya está por terminar este partido de fútbol y...

—Es una repetición, y ya la has visto no sé cuántas veces, Santiago.

—¿Y? —Y el muy idiota le sube el volumen para ignorarme.

Desde el principio me dijo que no le apetecía ir a casa de mis padres, justificándose con que siempre le hacen caras y no lo bajan de mantenido. Es cierto, no es monedita de oro para ellos, y tampoco mi familia está muy contenta con mi decisión de que él viniera a vivir conmigo hace casi un año. Aún escucho a mi padre decir con su voz ronca, esa que utilizaba cuando me regañaba cuando era niña, que el hombre es quien debe proveer el techo y no la mujer. Claro, yo, en

mi papel de mujer independiente, intenté dialogar con ellos, aunque fue un rotundo fracaso. Las siguientes semanas estuvimos distanciados, hasta que fue su cumpleaños un par de meses después y, como si nada hubiera sucedido, llegamos a su casa para celebrar a mi padre. Obvio, de mala gana, Santiago me acompañó, pero, literal, se instaló en el sofá de la esquina y no convivió con nadie.

Las demás reuniones a las que hemos ido, siempre hace lo mismo, por eso es que no me extraña que no demuestre ningún interés en ir en esta ocasión.

—Nos pidieron que llegáramos a las 7, y con el tráfico que debe haber...

—¿En verdad tenemos que ir?

—No me salgas con esto ahora, Santiago.

—Mejor nos quedamos en casa...

En ese momento supe que iría a casa de mis padres sola para celebrar Año Nuevo.

De mal humor salí cinco minutos después, azotando la puerta detrás de mí.

Horas más tarde.

La noche fue todo lo que imaginé: un rotundo fracaso, y hubo críticas a más no poder.

No pude ni cenar tranquila. Mientras estábamos en el comedor, ni un segundo me dejaron en paz, y con sus «te lo dije», que todos me repetían una y otra vez, ya me encontraba tan mal que, con lo que me gusta el azúcar, ni siquiera me esperé a que llegaran los postres. Me puse de pie para alejarme de todos ellos.

Cuando vi que faltaba un cuarto de hora para la medianoche y que todos estaban en su mundo, supuse que nadie notaría mi ausencia, así que tomé mi pashmina, el bolso, y salí de ahí.

Intenté pedir un Uber y está carísimo por la demanda. Tomar un taxi en la calle, imposible, no había ninguno libre. Irme a pie era la única opción que me quedaba para llegar a casa con mi novio, que esta noche me

abandonó. Ni loca regresaría a esa fiesta donde ya no quiero estar.

Para mi sorpresa la ciudad estaba desierta, y eso me atemorizó. Quizá lo mejor sería buscar algún bar o restaurante, y con suerte estando ahí encontraría transporte seguro para irme. Pero todo estaba lleno.

—¡Maldición! —grité en la puerta del quinto lugar al que me negaron la entrada.

Haciendo cálculos, me llevaría como hora y media o un poco más de caminata llegar a casa... Bonita forma de comenzar este 2021.

Y comencé mi camino, que era largo, donde esa luna llena sería mi única compañera.

No había nadie cerca de mí y apenas había avanzado una calle, cuando alguien puso una mano sobre mi hombro y mi única reacción fue comenzar a correr lo más deprisa que pude.

31 de diciembre 2020, 11:59:55

Mis tacones repiqueteando en el asfalto, y entre el barullo que hay en las casas y los comercios cercanos, me parece escuchar que el loco que viene detrás de mí me está gritando, si será cínico, y eso me impulsa a seguir corriendo más deprisa.

4, 3, 2...

Y como vil Cenicienta, perdí una zapatilla, pero no me detuve y seguí corriendo.

1...

—¡Feliz Año Nuevo, Martina! —grita fuerte.

Esa voz la conozco, y agotada, con un solo tacón y sin aliento, me detengo.

—¿Santiago?

—¡Hija de tu...! —Coloca sus manos en sus rodillas, respira con dificultad, y me hace una seña de que le dé un momento.

—Pero... ¿Qué haces aquí?

—En este momento, persiguiéndote. Mujer, cómo corres...

—Santiago...

—Ok, Martina, me sentí mal cuando te fuiste, pero dudé un poco en ir detrás de ti. Cuando vi que eran las once, comprendí que la cagué, y fui a casa de tus padres, que por cierto me cerraron la puerta en la cara. Intenté llamarte...

—¿Cómo me encontraste?

—Como no estaba seguro de si irías a casa o con alguna amiga, decidí ir por un trago a algún bar y seguir intentando que me contestaras el móvil, y fue cuando te vi caminando. Te hablé, pero no me hiciste caso, supuse que estabas enojada y fue cuando me acerqué a ti, pero en cuanto te toqué, saliste corriendo.

Nos quedamos viendo a los ojos e inmediatamente soltamos una carcajada.

—Tendremos que empezar de nuevo —le dije.

—No te entiendo.

—10, 9, 8, 7, 6... —En cada conteo me voy acercando más a él— ...5, 4, 3, 2... —Nuestros labios se rozan— 1... ¡Feliz Año Nuevo! —susurro contra sus labios.

—¡Feliz Año Nuevo, amor! —Y me da un beso rápidamente—. Yo quería decirte... —Silencio sus palabras con otro beso más intenso.

Sin duda este 2021 lo comenzamos un poco tarde, pero sin equivocarme puedo decir que fue y será único y diferente, ya tenemos algo que contarles a nuestros nietos algún día.

Quería contarle en la cena esta noche, a toda la familia, pero no se pudo, ya buscaré otra oportunidad. Quizá cuando termine nuestra reconciliación, sea el momento adecuado para decirle a Santiago que será papá dentro de unos meses.

Contrarreloj

Ariel Armando Sosa Mansilla

Faltaban quince minutos para la medianoche, miraba el reloj en forma constante y nerviosa, sabía que esta Navidad de 2020 era muy diferente a las que había vivido con anterioridad, y no era para menos, era la primera vez en algo más de dos milenios, que debía quedarse en su casa del Polo Norte.

Por el hecho de ser obeso, y debido a su edad indefinida, los elfos reunidos en asamblea y en aras de preservar la salud del anciano milenario, lo consideraron a Claus paciente de riesgo. Debido a la pandemia de coronavirus que padecía la humanidad, decidieron, dos meses antes de la fecha, que no habría Papa Noel en esa Navidad. Ante tal resolución, Claus miró a los elfos y les dijo:

—Habéis saboteado la Navidad de este año, millones de niños en todo el mundo se quedarán sin regalo.

—La señora Claus es la que nos ha pedido encarecidamente que tomáramos esta decisión para velar por vuestra salud, querido Santa.

El anciano vio a lo lejos a su esposa, y ella lo miró también desde la silla que estaba ubicada en el extremo opuesto del salón donde se realizaba la reunión.

—Si ella lo ha pedido, debe ser por algo que ella ha observado o tiene información con la que yo no cuento y ha pedido vuestra intervención. Ahora le pregunto a esta asamblea, ¿a quién han buscado para repartir los juguetes en esta Navidad en mi reemplazo?

Un murmullo de voces comenzó a levantarse, ya que nadie había pensado en quien reemplazaría a Claus en el reparto de juguetes por todo el mundo.

—Propongo que sea Krampus... —dijo uno de los asambleístas.

Claus lo miró furibundo y replicó:

—¿Dónde has visto a un demonio repartiendo juguetes en Navidad? Es cierto que alguna vez me ayudó para darle un susto a un niño malo, allá en Suiza, porque se comportaba mal con su hermana, pero de allí a repartir juguetes...

La señora Claus tomó la palabra, dirigió una mirada a su esposo, y dijo:

—Honorable asamblea de elfos, propongo como reemplazante de Claus para este año 2020 a la descendiente de la Befana. Como bien saben, su misión es repartir golosinas y dulces en Italia y países limítrofes para la fecha del 6 de enero. La ventaja es que hace un tiempo la última Befana fue reemplazada por su nieta, de treinta años, es una persona joven que puede sacarnos del aprieto y tiene experiencia en el rubro.

La propuesta de la señora Claus fue aceptada por la asamblea de elfos, y Claus prestó conformidad también a la propuesta de su esposa.

Fue así que una bruja montada en su escoba arribó a la casa de Santa Claus, en el Polo Norte, una semana depúes.

Descendió y fue recibida por el matrimonio Claus.

—¡Bienvenida, Befana!

—Para mí es un honor estar ante la presencia del Gran Noel y su esposa.

—Gracias por aceptar nuestra invitación.

Ingresaron a la casa y allí la recién llegada fue agasajada con una taza de chocolate caliente y churros. Ella aceptó con agrado aquellos manjares luego de realizar tan larga travesía desde su Italia natal.

—¿A qué se debe vuestra llamada tan urgente? —preguntó la Befana.

—El motivo de nuestro llamado es por la situación excepcional que está viviendo la humanidad en este instante de la historia, por la pandemia de coronavirus.

—Sí, conozco la situación de cerca...

—Siendo que Claus y yo somos personas ancianas y por lo tanto de riesgo ante esta situación de pandemia, luego de debatir con

la asamblea de los elfos se te eligió como sustituta de Papa Noel.

La joven se emocionó al haber sido elegida por el anciano milenario para que cumpliera su misión.

—Claus, esto es inédito en la historia...

—Lo sé, Befana, ¿aceptas?

—Acepto, y para mí es un gran honor asumir este nuevo desafío.

—Bien, jovencita, quedan poco menos de dos meses para prepararte y capacitarte en el manejo del trineo, dominio de los renos y el ingreso al domicilio de los niños.

La Befana sintió una alegría muy grande por recibir tal honor. Aquello era un nuevo desafío y la reivindicación de aquel grosero error que había cometido hacía ya dos milenios su antepasado, al no haber indicado a los Reyes Magos dónde quedaba el pueblito de Belén para ir a ver el nacimiento del Niño Jesús. Desde ese entonces, cada una de las brujas que ocupó su cargo de Befana, surca los cielos de Italia repartiendo golosinas a los niños, tarea que se volvió habitual y una forma de llevar una sonrisa a los pequeños, la

noche anterior a la llegada de los Reyes Magos.

Pues, al día siguiente, comenzó el entrenamiento para la joven bruja en el manejo del trineo y hacerse conocer por los renos, pero estos se resistían a la presencia de la Befana. Por más que insistió, los animales no la aceptaron.

Reunidos en el establo, la Befana con el elfo encargado del cuidado de los renos y Claus, dijo:

—Por más que lo intente una y otra vez, los renos se resisten a que los maneje con el trineo.

—Es que siempre ha estado bajo mi supervisión, y ante la presencia de una extraña, se resisten —comentó Claus.

—¿Cómo solucionamos el problema? —preguntó el elfo.

—¡Tengo la solución! —dijo la Befana.

—¿Cuál? —preguntó Claus.

—Viajar a Siberia y traer a mi perro Batuque junto con mis otros canes, que me sirven de transporte para viajar por la estepa nevada en esta época.

—¿Y desde cuándo una bruja viaja en trineo? —preguntó el elfo.

—Porque soy una mortal que lleva el título de bruja, y solo a partir de que soy la Befana he adquirido poderes mágicos. En mi niñez y hasta hace un par de años, viví en la estepa siberiana.

—¡Entonces trae a Batuque y al resto! —dijo Claus esperanzado.

Fue así que días más tarde, la Befana arribaba al Polo Norte con sus perros de raza husky causando gran revuelo y sensación por la novedad.

Los perros siberianos de la Befana comenzaron el entrenamiento para transportar el trineo gigante de Santa Claus, al cual se adaptaron sin ningún tipo de problema.

Con el correr de los días, los perros demostraron la obediencia a su dueña, adaptándose también a los requerimientos de la nueva misión.

El segundo problema a resolver fue el modo en que la Befana ingresaría a los domicilios de los niños, y los elfos lo solucionaron modificando la varita mágica de la Befana

para que pudiera dejar los juguetes en las casas.

Luego tocó el turno de elegir el traje que utilizaría en esa noche tan especial, y para no desentonar conservó los tradicionales colores del traje de Santa Claus.

Y llegó el gran momento. Santa Claus controlaba el reloj, que marcaba los diez minutos faltantes para la medianoche; los elfos preparaban la pista del trinipuerto para que los perros pudieran despegar sin ningún tipo de problema; la Befana se hallaba nerviosa vistiendo su nuevo traje.

La Befana subió al trineo, encendió las luces del comando, tomó las riendas y vio que a un costado estaba Noel observándola en silencio.

—¿Qué se siente no estar aquí? —preguntó ella.

—La verdad que es extraño no estar allí y que tampoco estén los renos. Es una sensación nueva.

—Para mí lo es también, estar sentada aquí en tu trineo...

El reloj marcó la medianoche, se oyeron las doce campanadas, y un juego de luces multicolores inundaron la noche del Polo Norte.

Era la hora señalada.

La Befana dio la orden de salida a su perro husky siberiano Batuque, que seguido del resto de los perros comenzó a correr por la pista del trinipuerto, encendió entonces las luces del trineo y comenzó a tomar vuelo lentamente.

La joven se emocionó y con su varita mágica lanzó luces de colores al cielo, que formaron la frase "¡Feliz Navidad!".

Aquello sorprendió a los habitantes del Polo Norte, quienes aplaudieron por la sorpresa y la algarabía de aquel momento.

El trineo levantó vuelo, dio media vuelta sobre el cielo del Polo Norte y partió raudamente hacia el resto del mundo.

Fue así que recorrió ciudades, llanuras, desiertos, selvas, montañas, dejando en cada uno de aquellos sitios juguetes y golosinas a cada uno de los niños del mundo. Le llevó

casi toda la noche de aquel 25 de diciembre de 2020.

Hizo una breve parada, a media madrugada, en su residencia de la estepa siberiana. Allí la esperaba su novio, Vladimir, quien ya sabía de su misión.

—¡Feliz Navidad, mi amor! —le dijo a modo de saludo Vladimir a la Befana.

—Feliz Navidad, amor —ella corrió hacia él y se abrazaron efusivamente mientras se besaban.

Se separaron, él preparó entonces una taza de chocolate caliente y unos pedazos de pan dulce para su novia.

—¿Cómo va marchando todo?

—La verdad que todo parece un sueño. Tuve algunos problemas con los vientos allí arriba, me desvié de la ruta trazada por el GPS de Claus, pero hasta ahora todo bien.

—¿Te desvió mucho?

—No, apenas, pude corregir el curso con un par de maniobras.

—Bueno, come algo antes de seguir con la misión.

La Befana comió rápido lo que su pareja le había preparado y luego se levantó para seguir con su trabajo.

—Mañana nos vemos.

—Te amo.

Y tras un beso fugaz de despedida, partió nuevamente a seguir con el reparto de golosinas y juguetes por la Tierra.

Transcurrieron las horas y el amanecer la sorprendía de regreso al Polo Norte, donde fue recibida por Santa Claus.

El anciano miró a la joven, que descendía de su trineo, y le dijo:

—Gracias por lo que has hecho por los niños del mundo. Esto será recordado por las generaciones futuras.

—No es para tanto, Claus, lo hice por los niños y eso es lo que interesa; no quiero vanagloriarme, solo lo hice por ellos. Ahora me voy a descansar porque la noche ha sido demasiado larga, pero antes debo pedirte una cosa.

—¿Qué será?

—¡Tu tradicional saludo de Navidad!

Claus sonrió y cumplió con el pedido de la joven con su tradicional "¡Jo, jo jo!".

La Befana saludó al anciano y luego a su esposa, y se retiró a la habitación que los Claus le habían preparado para que descansara después de una noche larga y agotadora de Navidad.

Érase una vez... en Nochebuena

Liliana De Toma

Cual zombie, me encuentro en medio de tanta locura y algarabía.

Deambulo sin rumbo fijo en medio del bullicio citadino; las personas van y vienen en medio de un río humano con distintas vertientes. ¡Navidad! ¡Qué tontería! Sólo es una excusa para que el pobre trabajador, ya con su bolsillo bien golpeado, despilfarre lo poco que obtiene en utilidades a fin de año. Me siento como una bolita de *pin ball* que golpea todos los obstáculos sin ganar ninguna partida.

Veo a una señora en una tienda, con su pequeña hija, comprando el árbol de Navidad que no pudo obtener a inicios de mes. ¡Ja, qué ilusa!

De pronto, se escucha una detonación, la gente se dispersa y salen huyendo despavoridos quedando la calle totalmente desolada.

Al pasar el desconcierto, los transeúntes se agolpan alrededor del pobre infeliz que quedó tendido sin vida en la acera.

Al cabo de dos horas, aproximadamente, aparecen como héroes sin capas la excelentísima policía estatal. Revisan de forma minuciosa entre sus pertenencias en busca de una identificación. Al encontrarla, uno de los gendarmes grita a viva voz:

—¡Mario Salazar! ¿Alguien conoce a este hombre?

¡Qué mala pata!; era mi propio nombre el que acababa de oír, en Nochebuena.

Arreboles de Nadal

Raquel Piñeiro González

Marian exhaló un hondo suspiro al abandonar la estancia en la que había permanecido enclaustrada, durante un par de días, inmersa en un abismo de elucubraciones. Tras largas horas deliberando había conseguido tomar una decisión. Sin pensárselo ni un segundo más, bajó con premura los dos pisos de escaleras de madera de la antigua vivienda victoriana que, antaño, construyera su abuelo paterno; el célebre arquitecto de rascacielos del que había heredado el gusto por las alturas. Antes de atravesar el quicio de la puerta del vestíbulo, echó la vista atrás. Como supuso, ahí estaba él, omnipresente, tumbado en la *chaise longue* del salón, contemplándola en absoluto silencio. La ex azafata tuvo intención de hablarle, pero los soni-

dos se atoraron en su garganta y únicamente expelió un fino hilillo de hálito. Una solitaria lágrima de emoción hizo acto de presencia en su mejilla diestra. Consumida por la impotencia, ladeó la cabeza de un golpe para expulsar y estrellar el estéril lloro contra el entarimado del suelo. Enseguida, logró recomponerse y alentarse a sí misma. Diligente, pisó con firmeza el umbral de aquella lúgubre mansión atestada de recuerdos, de vivencias, colmada de nostalgia.

Un conductor aguardaba, en una inhóspita callejuela del casco histórico, a la primera pasajera de su jornada matutina. Marian se montó en el taxi, pronunció el nombre del lugar donde debía transportarla y se pasó los ciento veintiocho minutos de viaje sin soltar ni una palabra más, observando, sin apenas pestañear, a la pareja de figuras de PVC que colgaban del espejo retrovisor delantero central. Cuando el vehículo encaraba una curva, al serpentear la ladera de la montaña que costeara el agreste litoral, los labios de los celestiales ángeles se encontraban y se abrigaban

de cariño el uno al otro, el otro al uno, como si los arrullara el vaivén de las olas del mar.

Al arribar a su destino, dos horas más tarde, la mujer se apeó del taxi y enfiló sus pasos hacia el acantilado. Siguiendo el ritual de cada Navidad, antes de pasear sus pies por la empedrada orilla, necesitaba corroborar si el vetusto galeón de Manuel fondeaba en las aguas azul turquesa o, por el contrario, se lo había tragado la corriente oceánica. Llevaba doce rigurosos meses sin retornar a aquel paraje natural. Cuando atisbó la pequeña embarcación, encallada entre los dos riscos de entrada a una minúscula gruta, suspiró aliviada. Alzó la mirada al aire para permitir que su rostro se dejara acariciar por los refulgentes rayos de sol que penetraban en las nubes y embellecían el cielo al componer lustrosos arreboles. A pesar de toparse con una hermosa aurora, sus párpados ocultaron los iris esmeraldas que ornaban sus ojos mientras sus pulmones se henchían de viento tropical. La delgada silueta femenina se tambaleó. Durante breves instantes no le hubiera importado dejarse arrastrar por la lene brisa

marina que, de forma sutil, besaba su delicada piel y ondeaba la seda del vestido rojo que cubría sus piernas y torso. En lo alto del despeñadero se sintió tan frágil como poderosa, tan medrosa como impávida. Bastaba con una ráfaga de céfiro para darle fin a la angustiosa agonía que se había incrustado indómita en sus entrañas.

Caminó por un estrecho sendero que desembocaba en la playa. Al alcanzar la barca le costó un verdadero esfuerzo desencallarla. Se subió a bordo al mismo tiempo que comenzó a remar contracorriente. En más de una ocasión, las crestas de las olas la arrojaron al suelo. Marian se armó de coraje. Era la primera vez que conducía el galeón de su esposo. También, era la primera Navidad, desde hacía tres décadas, sin él. Bogaba a dos manos, como si fuera una navegante experimentada. No cesaba en otear el horizonte. La clave estaba en las señales dirigidas por los elementos naturales, sus aliados. En esos instantes de valentía recordaba las palabras de Manuel: “Si en algún momento la vida nos separa, nuestros arreboles de Nadal te ayuda-

rán a localizarme”. Rastreando las nubes consiguió desembarcar en la cala de una isla deshabitada. Allí estaba él, tumbado en una hamaca con su uniforme de piloto aéreo, contemplándola sigiloso.

—¡Cariño, sabía que estabas vivo! Jamás se encontraron restos del accidente ni las cajas negras —gritaba Marian, corriendo al encuentro de su amado.

Manuel no tenía voz. Como de costumbre, se limitaba a observarla. Sin embargo, en cuanto su esposa se acercó, el hombre la orientó con su mirada. De repente, los arreboles desaparecieron y el firmamento se tiñó de negro. Marian estaba volando. Era una de las azafatas de la aeronave siniestrada. El vuelo comercial empezó a perder altura a gran velocidad. Alertada por los gritos de los pasajeros abrió la puerta de la cabina de mando. Su marido intentaba controlar un avión que caía en picado. A pesar de sus esfuerzos por enderezar el aparato, el timón de dirección se había bloqueado. Las luces de la aeronave anunciaron el inminente impacto

contra el mar. Un ensordecedor ruido, dio
paso a un silencio mortal.

El hombre-araña

Eduardo Enrique Rocha Prieto

—¿Cómo es la vida, no? Ya se acerca otra Navidad, con las mismas melancolías y tristezas. Siento la soledad, la...

—¿Qué sientes, viejito tristón? ¿Ya estás hablando solo otra vez? —le gritó su esposa desde la cocina.

—Ven, amor, sentémonos frente a la chimenea, la acabo de prender. Disfrutemos de un buen vino. Déjate de estar fregando ollas, conversemos un poco.

Gertrudis se animó y tomaron asiento frente a la chimenea. Iniciaron una armoniosa, romántica y filosófica tertulia, acompañados del vino y del reconfortante aroma y calor de la leña ardiendo.

—No es que esté tristón, es simplemente que las navidades llegan con las nostalgias

—replicó Ramiro—. Me parece tan solo ayer que celebrábamos los tres con la algarabía propia de tener al diablillo en casa. La locura que le desataba la espera de los regalos, y su exaltación por “sorprender” al mismo Santa Claus colocándolos al lado de la chimenea.

—Eso sí es verdad, pero no hay que ponernos melancólicos, hay que celebrar que lo hemos criado de la mejor manera. Ha salido un buen muchacho y es muy normal que ahora tenga su familia. Pero alégrate, porque Ramiro Jr., nuestro Rami, ha adelantado su vuelo desde Boston y llega mañana jueves. Falta poco y estaremos juntos, como en los viejos tiempos. ¡Salud!

—¡Salud, amor! ¿Recuerdas la anécdota cuando apenas tenía ocho añitos? Esa donde entró a nuestro dormitorio, de madrugada, hecho un poseso, gritando y diciendo que Santa Claus se había atorado en la chimenea y ¡él lo había ayudado!

—Sí, lo recuerdo, y lo más alucinante fue cuando nos aseguraba que lo había liberado del clavo en que se había atrancado su pantalón rojo.

—Esa parte no la recuerdo, ¿cómo era?

—¡Olvidadizo! Si esa es la parte más fantástica de su sueño o, según él, su anécdota real. Escúchame sin interrumpirme, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, soy todo oídos, ¡salud!

—Era la víspera de Navidad y serían como las tres de la madrugada, estábamos profundamente dormidos, cuando de pronto Rami entró en nuestra alcoba gritando y saltando a contarnos lo que había acontecido. Lamentablemente, ya Santa Claus se había marchado a seguir repartiendo regalos:

»Despierten, escúchenme por favor... yo dormía cuando, de pronto, escuché ruidos en la sala. Bajé sigilosamente y no vi a nadie, pero los ruidos provenían desde la chimenea. Me acerqué y miré, todo estaba oscuro, pero alguien estaba allí, porque caían partículas de ceniza desde arriba y además escuché quejidos o lamentos. Pero todo ocurría arriba, muy arriba. Corrí a mi dormitorio y me puse mi disfraz del hombre-araña, “tenía una misión que cumplir”, y bajé nuevamente. No tuve tiempo para entrar a des-

pertarlos. Puse la escalera y subí hasta donde pude, pero aún faltaba mucho para alcanzar la claraboya. Entonces repté hacia arriba por la alta pared y logré llegar, gracias a mi disfraz del hombre-araña. Abrí la claraboya y salí al techo. Fui hacia la chimenea y cuál fue mi sorpresa cuando vi a Santa Claus, que tenía una parte de la pierna derecha de su pantalón atascado en un clavo viejo que sobresalía de la chimenea. Me miró con ojos incrédulos y me preguntó quién era y qué hacía de madrugada en el techo. Le dije que había escuchado lamentos y decidí ayudar. Juntos liberamos su pantalón del clavo. Luego, me agarró de los hombros, y mirándome fijamente a los ojos me dijo que no se lo contara a nadie. Será nuestro gran secreto.

»Nos fue difícil contener las risas por tanta imaginación, y él lo notó y se resintió mucho con nosotros, ¡aún lo recuerdo!

—¡Qué tal imaginación que tienen los niños!

—A propósito, creo que ya es tiempo de cambiar las cortinas, siguen ahí desde ha-

ce veinte años. Estas cortinas las compró mi madre. ¿Que tal si las sacamos? ¡Así nos obligamos a comprar nuevas!

Ramiro aceptó, y cuando las sacó observó unas manchas negras en la pared, que llegaban hasta la claraboya. Trajo la escalera y subió.

—¡Parecen huellas de manos y pies! Tráeme la lupa.

También abrió la claraboya y salió al techo.

En un clavo viejo y oxidado de la chimenea, halló un trozo de tela roja.

Al bajar comenzó a llorar mientras llamaba por teléfono a Rami.

—¿Qué has visto? —le pregunta Gertrudis.

—Compruébalo tú misma, toma la lupa.

—Aló, con Rami.

—Soy... yo... hijo, tu padre —dijo mientras se quebraba por el llanto.

—Aló, papá, ¿qué ocurre? ¿Por qué lloras? ¿Pasa algo con mamá?

Ramiro no podía hablar, se ahogaba de la emoción.

—¿Pasa algo con mamá? —volvió a preguntar Rami, levantando la voz.

—No hijo, estoy bien —intervino Gertrudis, también envuelta en llanto.

—Entonces ¿qué ocurre? ¿Me quieren volver loco? —gritó Rami.

—Hijo, removimos las cortinas, y... perdónanos.

—¡Perdonarlos! ¿Por quéééééé?

—¡Perdónanos “hombre-araña”!

—¿Qué dicen? ¿Hombre-araña? ¿Yo? ¿Por...?

Fue cuando Rami comprendió todo. ¡Ahora finalmente le creían! Y comenzó a temblar y llorar de la emoción contenida por tantos años. Un largo y pesado silencio se instaló en la línea.

—Rami, hijo, ¿sigues ahí?

—Claro, sigo acá.

—“Hombre-araña”, tranquilo, ¡te amamos infinitamente!, hasta mañana.

Un breve sueño de Navidad

Rafael Lulet

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo en sus brazos a su pequeña hija Tessa, desde el 2003 nunca volvió a verla, el destino y su ex esposa se habían encargado de eso.

En los primeros meses de su pérdida, Yelehiah prometía seguir adelante. Las lágrimas iban y volvían a cada instante, principalmente ante la imagen tierna de su retoño. En ocasiones el pasado le recordaba navidades tristes y llenas de pobreza, el dinero era parte de ese luto; en la última fiesta decembrina a lado de ella traía en sus bolsillos escasos pesos, la desunión familiar era inminente, y la traición se encargaría luego de esa separación.

Diciembre del 2019. El paso del tiempo traía ese viejo recuerdo de una niña tomada de la mano, caminando por un viejo parque rumbo a los juegos infantiles para jugar un rato. Eran ya dieciséis años, pero no podía olvidar la última noche que vio a su pequeña. Sin hijos, la Navidad presente trajo consigo, como siempre, un triste recuerdo decembrino; pese a estar al lado de su actual esposa, su corazón se ensombrecía de rencor por aquella mala mujer, quien le quitara a su retoño cuando tenía casi cuatro años de edad. Solo rezaba a Dios volverla a ver algún día.

Muchos intentos realizó para encontrarla, todos en vano. Su ex esposa se había casado con otra persona, violenta y traicionera, igual a ella, eso impedía el tratar de acercarse a su hija. A cada intento la vida se encargaba de poner obstáculos, era decepcionante y sobre todo muy triste, y al final se resignó a seguir su vida, pero con un gran vacío en su corazón. Sufrió pobreza, abandonos, infiernos y penumbras durante su camino, pero ante cada caída, recordaba a su pequeña Tes-

sa, con la ilusión de volverla a ver para levantarse de nuevo.

Durante su vida antes de conocer a Ana, su actual esposa, vivió altas y bajas. Yelehiah era considerado sencillo e inteligente, pero la nostalgia de su pérdida lo volvía triste y amargado, jamás pudo recuperarse completamente. En ocasiones la depresión le impedía salir adelante, a veces el desánimo lo refugiaba en casa de sus padres, sin querer ver a nadie. Las fiestas decembrinas eran un tormento, solo en ocasiones se acercaba con la familia o amigos para convivir un rato por compromiso, regresando luego al silencio de su habitación. Así ocurrió por varios años.

2020, vísperas de culminar un año muy complicado para muchos por el Covid, y su casa no fue la excepción. Yelehiah se contagió; su esposa, a pesar de trabajar en hospital, no tuvo esa desgracia. Vivieron momentos muy complicados, el aire en ocasiones le faltaba, no podía caminar y los delirios de repente venían. Las fiebres alcanzaban temperaturas extremas siendo necesaria la hospita-

lización, y fue intubado a pesar del pronóstico de vida para quienes sufren de ese procedimiento.

La enfermedad hacía que desvariase de repente, veía familiares muertos según las enfermeras de turno, y dentro de esas alucinaciones conversaba con su hija perdida. Le había visitado en el hospital cuando se enteró de su enfermedad, no podía ingresar pero le mandaba ánimos por el móvil, una foto era reconfortante para seguir vivo. Tessa se había quedado a velar por él, ayudando a Ana para estar al pendiente; sin poder ingresar les tocaba dormir en sus autos, así durante días, hasta su posible recuperación. Con setenta de oxígeno, algo mortal, quería la vida de vuelta porque su pequeña, ahora adulta, se encontraba acompañándolo en su posible lecho de muerte.

Ambas mujeres rezaron por días para presenciar un milagro que les diera la oportunidad de tener de vuelta a Yelehiah. En esos momentos Tessa le preguntaba a Ana cómo había sido la vida de él, y ella le contaba sobre lo mucho que la extrañaba, el dolor

vivido durante muchos años y las complicaciones para seguir adelante. Ella solo escuchaba, y pensaba en todas esas navidades perdidas y cómo recuperarlas, pero debía esperar a Dios para saber si ayudaría para estar de nuevo juntos.

Mientras Yelehiah se debatía entre la vida y la muerte, Tessa le mandaba recados por móvil, y él los leía cuando se sentía con ánimo por la falta de oxigenación. Y por fin, después de esperar, se recuperó. Una mañana, inesperadamente él se levantó de la cama del hospital sin fatigarse, la enfermera le pidió hacerlo con calma mientras llamaba al doctor de turno, quien lo revisó y sonriendo dio la instrucción de avisar a sus familiares.

Tres días después salió en una silla de ruedas. Afuera le esperaba su hija. Llorando, Yelehiah la abrazó por mucho tiempo. “¡Vamos!”, le dijo su esposa, pero no quería soltarla, “la tendrás por mucho tiempo más”, y solo así fue como dejó de abrazarla. Tessa insistió en querer llevarlo en su auto, deseaba aprovechar el tiempo perdido y platicarle

cada detalle de su vida mientras no estuvieron juntos, era un encuentro inolvidable. Yelehiah no podía creer el momento, su mente siempre recreaba ese instante, lejos de suceder, pero ahí estaba y no permitiría que nada lo impidiera.

Llegaron a casa de él, con problemas subió las escaleras hasta el tercer piso, al departamento donde vivían. Hambrientos, desayunaron huevos estrellados con un poco de frijoles acompañados de un pan, con un té para él y café para ellas. Mientras comían, Tessa les contaba parte de su vida, dónde estudiaba, sobre las anécdotas de sus dos pequeños perritos y su gata Hortensia... El pequeño Wallie, guardián de casa, pedía algo de comer, le parecía gracioso porque mientras lo hacía se sentaba dándole la patita, gracia aprendida para recibir algún premio.

Terminaron de desayunar y Ana decidió ir a visitar a su madre, dejándolos solos para ponerse al corriente en sus vidas. Observaba la alegría de su esposo, parecía haber vuelto a vivir dos veces, la primera al sobrevivir al Covid y la segunda al reencontrarse con su

hija, a quien tanto había llorado por años; la Navidad parecía llegar llena de luz y felicidad. Dejó al pequeño guardián para cuidarlos, pero eso no sucedería, claro, porque se dedicaría a hacer sus suertes para Tessa a cambio de caricias mientras su amo, con una alegría nunca antes vista, compartía un rato con su pequeña, ahora ya grande; al final, para todo padre sus hijos siempre serán sus pequeños.

Era de noche cuando Ana regresó, ambos aún continuaban platicando y riendo, se contaban historias de experiencias pasadas. En ese momento, Tessa, con asombro, se percató de la noche y sintió la necesidad de retirarse. Se despidió muy calurosamente de ambos.

Yelehiah, feliz, le mando un mensaje al día siguiente, invitándole a cenar en Navidad. Ella aceptó, y la alegría reinaba en esa morada; después de tantos años y muchos rezos por fin la vida tenía sentido, el propósito de vida había regresado a él, agradecía a Dios por eso. Al fin viviría un momento feliz a

pesar de la calamidad de la pandemia, y eso era gracias al regreso de su pequeña.

Finalmente podía levantarse sin necesidad de ayuda, había un propósito para hacerlo, era la cena de Navidad, estaría con su esposa y, claro, con su hija, el amor perdido por muchos años. Desaparecería esa amargura de cada diciembre, sobre todo ese triste recuerdo en su mente del último encuentro de ambos, ella era una pequeñita de casi cuatro años. Eso cambiaría.

La cena navideña llegó, el pavo en la mesa y una ensalada acorde con la celebración, tres copas de vino para acompañar el momento. Esperaban la llegada de Tessa, él estaba nervioso como si fuera la primera vez que la vería, recordando el momento de su nacimiento en el quirófano, al lado del médico, listos para recibirla, un veintiocho de julio por la mañana, nervioso esperando su salida del vientre de su madre, y cuando por fin sucedió, experimentó algo nunca visto. Igual se sentía ahora. De pronto escuchó el timbre y rápido bajó. “¡Con cuidado!”, gritó su es-

posa, pero eso no importó. Abrió el portón, era ella con sus dos perritos en mano, “adelante, hija, sean bienvenidos”.

La velada navideña había sido en armonía y felicidad, un último brindis daría por concluida una cena fantástica, se levantó Yelehiah y apuntando al cielo la copa sostenida en su mano, haciendo ambas mujeres lo mismo, dijo: “Brindo por Dios, quien me dio otra oportunidad, y me regresó a mi gran amor perdido”, todos al unísono culminaron con la frase: “amén”. Ya estaban incorporándose en sus asientos cuando de pronto él comenzó a oír un fuerte zumbido, mientras al fondo se escuchaba: “hazle RCP, a ver si así lo recuperamos”. Estaba de vuelta en la habitación del hospital; todo había sido un sueño.

Poco después le avisaban a su esposa lo ocurrido, con un pronóstico desfavorable. Ella insistió en entrar para despedirse, eso no se permitía por lo contagioso del virus, sin embargo accedieron por ser colegas. Estando con él, Yelehiah escribió en el móvil con

mucho trabajo: “¿dónde está Tessa? Dile que pase”. Ella no sabía a que se refería, contestándole dijo: “afuera”, para no perturbarlo. Pronto tuvo consuelo quedándose dormido, se sentía agotado. Poco después le pidieron a Ana desalojar la habitación, no era prudente permanecer allí mucho tiempo, y regresó a casa para descansar un rato.

Eran las ocho de la mañana de ese veinticuatro de diciembre cuando el móvil sonó. Era del hospital, Yelehia había fallecido. Sabía sobre las probabilidades de vida, pero eso no le impidió sentirse mal, el llanto vino sin remedio. Sus restos fueron entregados en cenizas por la agencia funeraria poco después, y su hermana Suguei acompañó a la viuda a recogerlas; no hubo oportunidad de una despedida, los protocolos médicos no lo permitían.

Ana encomendó entregar una caja de recuerdos y un automóvil de su esposo fallecido a Suguei, para entregarlo a quien había

sido su hija, si la encontraba. Ella, a través de un familiar, se encargaría de hallarla.

Habían pasado tres meses cuando por fin ubicó el apartamento donde vivía. Una señora de unos 75 años le abrió, permitiéndole entrar a la vivienda, reuniéndose posteriormente con dos mujeres más, entre ellas Tessa. La hermana de Yelehiah les platicó sobre todo mientras entregaba la caja de recuerdos en sus manos, pero ella lo rechazó diciendo: “a ese señor no lo conocí, solo lo vi en una ocasión”.

Sugei insistió, añadiendo a la caja las llaves del auto. La madre, acercándose a Tessa, sugirió aceptarla, solo así accedió a recibir el paquete. Cuando la hermana de Yelehiah salía de esa vivienda con rumbo a su casa, con lágrimas en los ojos levantó su mirada al cielo diciendo: “hermano, he cumplido la encomienda, ahora puedes descansar en paz”.

Un ángel como regalo

Olga Mercedes de Paz Montalván

Estoy en esta prisión desde hace cinco años. Procuro no salir de mi celda; siendo sincero, no quiero problemas, aunque estos fueron los que me trajeron hasta aquí.

Hoy es Nochebuena, el delicioso menú de la víspera es un pedazo de pavo quemado, ensalada de manzana con papa y una rebanada de pastel tieso, sin olvidar el amargo chocolate frío para la helada de la noche.

Lo único que me alegra es mi pequeña ángel, que canta en el coro de la iglesia que visita la prisión año tras año. Es mi mejor regalo para cada Navidad.

Roja Navidad

Andrea Hernández Linares

¡Ay!... La Navidad... Esa época donde se respira amor, alegría y buenos deseos. Las personas se reúnen con su familia, pareja o amigos para pasar esta bonita temporada.

Cualquiera pensaría que un hombre solitario, frío y un tanto amargado como Bernal odiaría la Navidad, pero, para sorpresa de todos los que lo conocían, él la adoraba, e incluso se mostraba feliz en esta época del año. Se esmeraba por decorar su hogar con los adornos más hermosos de la ciudad, aunque en su mayoría sus adornos eran rojos. A cualquiera le parecería extraña su actitud, pero, siendo sinceros, muchos pensaríamos simplemente que el rojo es su color favorito. En realidad, nadie se imaginaría el oscuro

secreto que hay detrás de la roja Navidad de Bernal.

Comencemos presentando a nuestro personaje. Bernal es un hombre de 32 años, trabaja en una ferretería y vive en una vieja casa a las afueras de San Diego. A los 17 años abandona a su familia, que consistía en un padre maltratador y una madre alcohólica. Desde muy pequeño había enfrentado situaciones difíciles, por lo que salir de su casa con nada más que 20 dólares en su bolsillo, una muda de ropa, y un poco de comida para enfrentarse al crudo invierno y tratar de sobrevivir solo desde ese día en adelante, sería solo una batalla más. Consiguió un empleo, compró una casa, y siguió con su vida.

Aunque casi siempre se le veía con una actitud amargada y fría, en algunas ocasiones ocurría algo que lo hacía feliz, como la Navidad o conocer a Claris, una novia que había tenido hace algunos años. Ella había logrado sacar lo mejor de él, eran una feliz y enamorada pareja, incluso se oían rumores de boda, pero, desafortunadamente, Claris desapareció un día como hoy, frío, de invierno, y en épo-

ca de Navidad. Nadie sabe lo que le ocurrió, nunca la encontraron. Después de eso Bernal no volvió a tener ninguna relación de amor o amistad con nadie.

Este año Bernal se esforzó mucho para decorar su casa, se le veía muy contento. Llegó la noche del 24 de diciembre, se disfrazó de Santa Claus y salió de su casa con un costal en la espalda. Esto no es extraño, todos los años acostumbra hacerlo. Al principio a sus vecinos les parecía rara su actitud, y decidieron preguntar el motivo de su costumbre, a lo que Bernal solo respondió que en Navidad todos esperaban recibir un regalo, y él consideraba que esta época no era solo para recibir sino también para dar, por lo que él salía a repartir el mejor regalo que alguien podría desear. Sus vecinos se conmovieron por su actitud e incluso comenzaron a admirarlo, y ahora todos lo apoyaban en su idea de salir a repartir su famoso regalo, aunque nadie sabía en realidad qué era lo que regalaba.

Bernal salió a repartir su regalo, caminó un par de calles lejos de su hogar, y se detuvo

frente a una casa hermosamente adornada de la cual salía humo por la chimenea. Dentro de ella se escuchaba música de temporada y se respiraba un ambiente navideño. Bernal sabía perfectamente quien vivía allí: Jon, un hombre de familia, trabajador, padre amoroso, excelente esposo, ciudadano modelo, buen cristiano y merecedor de un regalo de Navidad.

Las ventanas eran fáciles de abrir, por lo que no le costó trabajo entrar. Silenciosamente y sin ser visto, atrancó luego puertas y ventanas. Se dirigió a la sala y como todo un Santa rio fuerte. ¡Jo, jo, jo! se escuchaba por toda la casa. Cuando la familia escuchó esto, corrieron a la sala, y contemplaron con horror a Bernal parado frente a ellos con una sonrisa de oreja a oreja y su costal de regalos aún en mano. Los dos hijos menores de Jon no pudieron contener la emoción de tener a Santa frente a ellos y corrieron a abrazarlo, su inocencia no les permitía ver el peligro al que estaban expuestos.

Mientras los dos pequeños niños de 6 años abrazaban a Santa, ambos padres y la

hija mayor, de 16 años, contemplaban aterro-
rizados la escena. Bernal pidió que se tran-
quilizaran y dirigiéndose a Jon le explicó que
su intención no era asustarlos, que él lo había
estado investigando y había llegado a la con-
clusión de que él y su familia merecían un
regalo navideño, por lo que solo se los daría
y se iría. Seguido de esto se dirigió a los ni-
ños y les preguntó si querían recibir su rega-
lo. Ellos, emocionados, respondieron que sí,
por lo que Bernal lentamente abrió su costal
y sacó un arma de fuego con la que acabó
con la vida de Jon tras un disparo en la cabe-
za. La madre de los niños se abalanzó contra
Bernal con la intención de proteger a sus hi-
jos, que corrieron a esconderse en una de las
habitaciones de la casa mientras su madre era
asesinada también.

Bernal buscó por todos lados a los tres
miembros de la familia restantes, y al no en-
contrarlos trató de persuadir a los niños para
que salieran de su escondite, diciéndoles que
si aceptaban su regalo jamás tendrían que
volver a ir a la escuela ni hacer tareas, y po-
drían ir a un lugar donde jugarían todo el día.

Y es que en la retorcida mente de nuestro personaje, el descanso eterno era el mejor regalo que podría recibir una persona realmente merecedora de tanpreciado obsequio. Al no encontrarlos comenzó a estresarse y a destruir toda la casa, hasta que, por suerte para él, encontró a los dos pequeños niños encerrados en un armario, abrazados y llorando de miedo. Bernal sacó de su costal un picahielos y lo levantó para dar la primera puñalada a los pequeños. Estaba decidido a matarlos, y así hubiera ocurrido de no ser porque, cuando menos se lo esperaba, la hermana mayor de los pequeños salió de debajo de la cama y con un bate de béisbol sorprendió a nuestro querido Santa con un golpe en la cien, lo cual lo hizo caer al piso, y recibió allí varios golpes.

Luego los tres hermanos corrieron escaleras abajo para intentar abrir alguna de las ventanas, lo cual consiguieron con éxito. La joven sacó a sus dos hermanitos de la casa y les dio instrucciones de correr con alguno de sus vecinos para pedir ayuda, y cuando esta se disponía a salir, algo la jaló de los cabellos

y la arrastró por el suelo de la cocina. Era Bernal, quien dijo que era hora de recibir su regalo. Ella no quería aceptar su trágico fin e inútilmente trató de correr, pero Bernal la tomó otra vez de los cabellos y azotó su cabeza sobre la mesa, provocándole una gran herida. La joven tomó uno de los cuchillos que había en dicha mesa e intentó apuñalarlo, pero esto fue en vano, ya que su agresor se le adelantó tomando otro de los cuchillos y apuñalándola en repetidas ocasiones. La joven, debido al dolor, soltó el cuchillo y cayó al piso. Cuando Bernal se dispuso a ahorcarla para terminar con su vida, ella, con las pocas fuerzas que aún le quedaban, se sacó el cuchillo que aún tenía clavado en la boca del estómago y apuñaló a Bernal cerca del corazón. Esto debió causarle demasiado dolor, ya que se sacó el cuchillo del cuerpo y, sin terminar de asesinar a su víctima, salió de la casa intentando huir. Cojeando y desangrándose logró salir lo suficientemente rápido para no ser visto por los vecinos, que ya corrían hacia la casa para auxiliar a la joven. Estos entraron y llamaron a la policía, la cual

llegó rápidamente, y sin que le preguntaran nada la joven comenzó a contar lo sucedido, también describió a su agresor y dijo que lo había apuñalado, por lo que su sangre estaba en el cuchillo. Justo antes de morir, le pidió a la policía que cuidaran a sus hermanitos. Los equipos de emergencia trataron de salvarle la vida, pero ya era demasiado tarde.

A las pocas horas, la policía ya había dado con la dirección de Bernal. Desafortunadamente, cuando llegaron a revisar su casa, ya era tarde, pues este había escapado. No me sorprende que tarden en encontrarlo, él es muy bueno para esconderse y para esconder a sus víctimas. ¿Que cómo lo sé? Bueno, llevo años escondida en una de las paredes de su sótano, aún no han podido encontrarme. Yo fui Claris, la novia de Bernal, pero a diferencia de lo que todos creen yo no desaparecí, Bernal me asesinó. Él me amaba, y quiso regalarme el descanso eterno al igual que a sus demás víctimas.

Ha pasado un año desde que Bernal atacó a la familia de Jon, y aún no han logrado encontrarlo. Esto es preocupante, ya que na-

die sabe dónde está ni donde atacará próximamente. Yo lo conozco bien y sé que este año no será la excepción, saldrá a repartir su regalo, su “ROJA NAVIDAD”. ¿Qué me dices tú? ¿Te gustan los regalos de Navidad?

La última noche

Ismael Lobni Mercedes Zamora

Caminé hacia la cocina, abracé a mi esposa por la espalda como toda la vida lo había hecho. Luego revisé en la nevera y me aseguré de agarrar las cervezas más frías. La parte baja estaba repleta de frutas y dulces navideños, así como condimentos en preparación para la cena de nochebuena que realizaríamos al día siguiente.

Regresé a la sala, los pasos más dificultosos que nunca, apreté con mayor fuerza las tres botellas de cerveza, temiendo dejarlas caer por la torpeza de mis manos.

Allí estaban mis viejos amigos, Genaro y Ramón, sentados frente al televisor, con la pausa puesta, esperando mi regreso. Las arrugas se les notaban un poco menos que a

mí, pese a encontrarse cerca de los setenta años.

En la pantalla del televisor se reflejaba la película “*Muchas gracias, señor Scrooge*”, un musical del año 1970 inspirado en “*Cuento de Navidad*” de Charles Dickens. Desde nuestra adolescencia tomamos el curioso hábito de mirar esa versión exacta cada Navidad, mientras nos atiborrábamos de pizza y cerveza. Se convirtió en un ritual que simplemente no podíamos dejar de llevar a cabo.

Sin embargo, esa noche del año 2065, aunque ellos lo ignoraban, sería nuestra última noche. Pocos conocían lo que sobrevendría sobre el planeta pasadas las diez de la noche.

—Te tardas demasiado, ¿quieres quedarte sin pizza? —preguntó Ramón.

Yo sabía que su amenaza era posible, antes lo vi comer una pizza familiar entera frente a mis ojos.

—Ya llego, recuerda que ya no soy un adolescente —digo mientras me acomodo en mi asiento.

Los dos rieron, pero luego se detuvieron de golpe, como si analizar la realidad de mis palabras les asustara, ninguno de nosotros era joven y uno sabe perfectamente lo que le espera cuando la vejez se posa. La vida había sido bastante bondadosa al permitir que continuáramos viendo a Albert Finney actuando como el viejo Scrooge mientras los espíritus de la Navidad lo visitaban. Sobrevivimos dos grandes pandemias, el terrible sismo del 2046, tres huracanes desastrosos, brotes de enfermedades horribles, y seguimos con nuestro acostumbrado momento navideño favorito.

Como de costumbre, chocamos las botellas, brindando por la vida y nuestra vieja amistad. Las tres pizzas extravagantes manaban un cálido vapor. Me preguntaba si debía decirles que, en cuestión de unas horas, el asteroide Apophis lo destruiría todo.

—¡Amo esta parte! ¡Lo juro! ¡No me canso de verla! —gritaba Genaro en ahogadas carcajadas.

—Por más que pasen los años no cambio esto por nada —agregó Ramón, lamiendo los residuos de pizza en sus dedos.

Yo también disfrutaba aquello, pero sabiendo cuanto sabía, la información clasificada recibida aquella tarde, apenas horas antes de nuestra reunión, no lograba concentrarme.

Me levanté, miré por la ventana, la luz radiante en el firmamento se empezaba a notar. Mi esposa se acercó, me miró, observó la luz creciente, su rostro ensombreció. Las personas de los alrededores dejaron de transitar y alzaron la vista al firmamento.

De pronto la noche dejó de ser oscura, la incandescencia del cuerpo celeste entrando a la atmósfera producía tal resplandor, que no hubo persona alguna cuya atención no fuese captada.

Mis amigos, al notar el resplandor, se levantaron, se acercaron, y los cuatro intercambiamos una última mirada, justo en el momento en el que todo dejó de ser.

Un cuarto antes de fin de año

Cristian Ángel Ortus

El portero no volvía. Yo sigo esperando impaciente que llegue con una llave de una habitación libre y solitaria.

Apoyo la mano sobre el mostrador y con los dedos comienzo la melodía de la impaciencia. De a poco llevo mi mano al timbre, hasta que toco su molesta campanilla.

—Ya, ya —dijo el portero del otro lado de la puerta, aún no era visible—, le dije que fuera paciente, ¿no ve que estamos a punto de cambiar de año? Algunos festejamos cuando trabajamos —el tono que usó era de enfado, pero detrás se podía observar un poco de tristeza.

—Perdone, pero es que necesito el cuarto —dije con insistencia y con voz firme.

El portero no me respondió, y por la ausencia de ruido presentí que dejó de hacer lo que estuviera haciendo.

—Mire, joven, a usted no le deben importar mucho estas fechas, pero para mí son muy importantes, y si estoy aquí atendiéndolo a usted, déjeme decirle que es porque necesito el trabajo —la voz dejó de ser reflexiva y cambió a una áspera—, pero si va a faltar el respeto, lo dejaré sin cuarto, ¿entiende?

Me agarré la cabeza, la frustración y el miedo lograban sacarme grandes gotas de sudor de la frente, del pecho y de las manos. Pero si no me tranquilizaba, todo podría ir peor.

—Perdóneme, amigo, déjeme presentarme y con gusto esperaré pacientemente —dije lo más sereno que pude—. Mi nombre es Licaón de Ark.

El viejo salió de su escondite con la sorpresa en la cara, como me imaginé que pasaría.

—No puede ser usted, nunca estaría en un antro como este —me observó detenida-

mente con su monóculo—. Es verdad lo que usted dice, me ha costado reconocerlo sin su ropa de príncipe.

—No se preocupe —dijo un tanto apresurado—. Solo busco una habitación para pasar la noche.

—Y aquí la tiene —dijo, mientras en el mostrador dejaba una llave oxidada con un número algo borroso—. Verá, es la más alejada que tengo de la entrada, y que se encuentra libre y habitable —sonrió mostrando unos dientes descuidados, haciendo que su fachada esté en sincronía con el edificio de la pensión—. Si usted quiere puede venir al patio trasero, con nosotros, a festejar el Año Nuevo —dijo en tono amable—, estoy con mi hija y tenemos una buena vista a la luna.

—No, se lo agradezco, solo necesito estar a solas toda la noche. Por cierto, no necesitaré nada, ni una copa para brindar, ni mujeres u hombres para relaciones, tampoco quiero que se acerquen a la habitación —mi voz autoritaria le cambio el rostro al portero.

—Como diga, príncipe, nosotros estaremos en el pequeño patio por si cambia de

opinión, esperando los fuegos artificiales de la luna. Presiento que el año que comienza será uno de los más prósperos —lanzó una sonrisa falsa.

La amabilidad se fue antes de que su cuerpo abandonara el mostrador. Yo tomé la llave rápido para dirigirme a la habitación alquilada. Las gotas de sudor se volvían más grandes y mi respiración más agitada. Ya comenzaban a dolerme los músculos. Miro la hora, falta media hora para la medianoche, todavía tengo tiempo de encerrarme.

Luego de caminar varios pasillos y escaleras, logré encontrar la habitación. La puerta, marcada con una cruz roja y con la madera despintada, me provoca náuseas estéticas. Con dificultad la abro. Sin mirar el horrible lugar, cerré con llave y tomé la silla más cercana para ponerla en la perilla y atrancarla. Entonces la luz se apagó.

—Despierte príncipe encantado —dijo una joven muchacha a un desorientado

joven—. Vamos, despierta idiota malcriado. —Al finalizar le pegó una cachetada fuerte, dejando el rostro del joven marcado.

—Le has dado duro, hija, ya de verlo te das cuenta que es un enclenque. —El portero se agachó a ver al joven que estaba amarrado a una silla—. Joven Licaón, despierte, necesitamos conversar con usted.

—Por qué en vez de hablar con él no llamamos a esos de Transilvan, que paguen por él, lo han buscado desde que ambos reinos se declararon en guerra. Es nuestro boleto a estar mucho mejor, Pa, a no depender de esta mugrosa pensión —sus palabras se habían vuelto tristes—. Si no los llamas, los llamo yo —sentenció, buscando una reacción del portero.

—Deja de decir tonterías, nos metemos en algo que va más allá de nosotros, ya llamé al Cobrador y se lo ofreceremos como pago por nuestras deudas. Él se lo lleva y nos quedaremos con este lugar mugroso, pero que nos da de comer.

—¿Cuándo llega? —preguntó la joven desilusionada.

—Ya debería estar aquí, apenas pronuncié el nombre de este joven, tomó su *jet* para llegar cuanto antes. Por favor, abre el champagne y sirve las copas.

Faltaban veinte minutos para las doce de la noche, para que el año cambiara por un número nuevo dejando el 2999 para entrar en el 3000, cuando apareció el Cobrador en la puerta de la habitación, con su traje negro, sus lentes oscuros, una corneta en la boca y una guirnalda en el cuello, además de una gran sonrisa de oreja a oreja y algunas marcas de labiales.

—Aquí está Licaón de Ark —el portero señaló al joven, que estaba mostrando síntomas de estar despertando.

—Hermoso, maravilloso, el jefe estará más que complacido con este pago. No vino en persona ya que está celebrando con su familia muy lejos de aquí, pero sin duda está más que encantado con su respeto mostrado.

Pero su expresión cambio enseguida cuando vio el estado extraño del joven.

—Entonces la deuda está saldada, la pensión es nuestra —pronunció el viejo portero con esperanza.

—¿Pero qué le hicieron?, está escupiendo dientes, y chorreando sangre. —El Cobrador se encontraba rabioso—. Te dije que lo noquearas, no que lo dejaras tan dañado.

—Eso no lo hicimos nosotros —respondió preocupado el portero.

—Igual está vivo, sirve —miró a la joven, que sostenía la botella de un espumante—. Creo que es hora de servir las copas, no voy a pasar el fin del 2999 solo, junto a los sintéticos que me acompañan y llevando a este decrepito. ¿Por dónde podremos ver las luces de fuego? Porque aquí no veo ventana alguna.

El viejo no llegó a contestar, ya que se vio sorprendido por la acción. Uno de los brazos del joven se soltó de la soga que lo retenía y golpeó al Cobrador, arrojando a este contra la pared. Con huesos rotos saliendo de su piel y sangre manchando la pared como uno de esos dibujos de los test de Rorschach,

era notable que el Cobrador ya no tenía vida. Tanto la joven como el portero se quedaron boquiabiertos. El brazo del príncipe tenía el doble de tamaño, y sus dedos eran ahora garras peludas. El rostro ya no era humano. El hocico dejaba ver una hilera de dientes afilados y relucientes, bañados por la espesa baba que caía sobre sus piernas, también peludas, que lograron quebrar la débil tela del pantalón. Sus ojos rojos enseñaban furia. Estaban frente a una bestia nunca antes vista.

—Te dije... Te dije que nadie me molestara —la voz salía en medio de gruñidos—. Vine a este horrible lugar para transformarme en soledad. —Ninguno de los dos soltó palabra—. Idiota, te sentenciaste, y a tu hija, nos sentenciaste a todos.

La pared, despintada y mohosa, comenzó a brillar tornándose cada vez más anaranjada hasta llegar a un tono rojo. En ese punto, se desintegró. Del otro lado varios *jet* personales, piloteados por los sintéticos que acompañaban al Cobrador, iluminaban con enormes farolas el cuarto donde estaban. Los cañones de plasma se encontraban apuntando

a los ocupantes. El lobo gruñó en señal de querer pelear. Terminó de sacarse las sogas y dejó que sus uñas crecieran sin oponerse a la transformación. El viejo, en cambio, asustado cayó al suelo mientras que su hija fue a su lado. Los *jet* comenzaron a disparar en ráfaga, sin importar quién estuviera allí, y tanto el portero como su hija fueron atravesados por ellos, desintegrando casi la totalidad de los cuerpos. Licaón, astuto como un lobo, esquivó con agilidad los disparos y se arrojó al *jet* más cercano. El peso de la bestia desestabilizó el *jet* y comenzó a disparar a sus compañeros mientras que estos trataban de darle a su objetivo. Para cuando cesó el fuego, el lobo estaba seguro en la habitación, mientras que los *jet* caían sobre la antigua calle de cemento y asfalto.

Aún faltaba un cuarto de hora para la medianoche. Miró entonces en lo alto el cielo estrellado, notó más estrellas de la que acostumbraba ver. La ciudad New Moon iluminaba aquella noche como lo hacía la antigua luna cuando existía, y aunque fuera construida con las mismas características del

satélite natural, no surgía el mismo efecto en la tierra. Salvo para aquellos que llevaran la sangre de lobo por sus venas.

Ya era tarde para evitar una masacre en aquella pobre ciudad terrestre, Licaón no pudo escapar a su destino. Mientras todos se preparaban para recibir al año 3000, tanto en la tierra como en aquella ciudad espacial de lujo, un joven príncipe se subía al techo de una pensión de mala muerte, en una tierra abandonada a su suerte, para aullar a una luna artificial, antes de comenzar su primera cacería para saciar su hambre y, por qué no, festejar con una copa llena de sangre.

Regalo de Navidad

Almudena Molina García

Mi mejor amigo, un bull terrier blanco, el can más fiel y cariñoso del mundo, pasó conmigo tres increíbles años. Lo adopté de un refugio que lo había rescatado de un criadero; como sus facciones no eran exactamente las de la raza, lo estaban dejando morir, pero por suerte lo encontraron a tiempo.

Fue amor a primera vista, lo vi tan blanquito, pequeño, indefenso, pero con una mirada tan decidida y llena de energía, que no lo pensé, no quise ver ningún otro. Él era el elegido.

Tampoco voy a exagerar, no todo fue de color de rosa con el perrito. Rompió zapatos, cables de teléfono, la ropa interior de una chica que pasó la noche en mi casa, dinero... Pero todo eso fue recompensado por los be-

sos más sinceros, el amor más puro y los momentos más inolvidables hasta el momento.

En octubre del 2015 comencé a notar un pequeño bulto en el cuello del animal. Lo llevé inmediatamente al veterinario. Pude ver en los ojos de la chica que me atendió que algo no iba del todo bien, pero ella no quiso preocuparme y me dijo que podían ser muchas cosas, que se debían de hacer un par de pruebas.

—Adelante —le dije.

Una palabra cruzó mi mente, y mientras esperaba los resultados, recé, aunque jamás he creído en ningún ser superior, recé, por que no fuera verdad. Dos días más tarde volví a la consulta para salir de dudas. Mis miedos se hicieron realidad.

—Lo siento mucho, la biopsia ha dado un resultado positivo. Su perro tiene cáncer —me dijo la doctora, visiblemente apenada, supongo que no es algo fácil de comunicar.

En aquel momento me aguanté las ganas de llorar. No quería hacer un escándalo, ¿un hombre de veintisiete años llorando por

un animal? Sería extraño. No era el fin del mundo, había un tratamiento y mi perro era joven y fuerte.

Algunas personas me decían que gastaba demasiado dinero en «ese perro», que lo mejor era ponerlo a dormir y olvidarme de él. Jamás discutí con ellos, estaba claro que ninguno había conocido el amor tan auténtico y desinteresado que una mascota puede ofrecer, ¿qué menos podía hacer yo que intentar darle la oportunidad de continuar viviendo?

Fueron unos meses complicados. La operación salió bien, como ya dije, mi perro era fuerte y tenía ganas de vivir. Pero la quimioterapia fue demasiado. Poco a poco pude ver como su cuerpo se iba marchitando, los músculos de sus patas adelgazaron hasta quedarse en nada, el brillo en sus ojos se fue apagando cada día más. En el veterinario me decían que era algo normal, fruto de la medicación tan invasiva, que a medida que fueran bajando las dosis, volvería ser el de siempre.

El veinticuatro de diciembre, no quiso comer, intenté darle su plato favorito, pero tan solo me miro y volvió a acostarse. Corrí

al veterinario y me recomendaron dejarlo ingresado y ponerle suero para que no se deshidratara. Me dijeron que era normal que algunos perros reaccionaran así al tratamiento, que me fuera tranquilo a celebrar la Nochebuena con mi familia.

Supongo que no es necesario que diga que fui incapaz de celebrar nada, cada segundo pensaba en él, en si volvería a verlo con vida, si volveríamos a jugar en la playa, si algún día amanecería, otra vez, con mis zapatillas nuevas destrozadas.

—No lo pienses más, hijo —dijo mi madre, acercándome un plato con galletas recién horneadas—. Mustang sabe que has hecho todo lo que has podido, ahora todo depende de él. Es un gran animal y un buen amigo. Pase lo que pase, siempre estará contigo.

Sus palabras me calmaron un poco, pero no lo suficiente. Intenté disfrutar de la noche con mis sobrinos, ese día era para que ellos lo disfrutaran y por temas de distancia tampoco podía verlos muy a menudo. Me preguntaron dónde estaba Mustang. Siempre

íbamos juntos a la cena de Navidad, mi hermana iba con sus hijos y yo con mi perro. No fui capaz de decirles la verdad y solo les comenté que no se encontraba muy bien y se había quedado descansando, que, si todo iba bien, mañana podrían verlo.

La noche pasó amena, mi familia consiguió lo que solo ellos podían hacer. Recuerdo que la más pequeña de las hijas de mi hermana se acercó a mí antes de irse a dormir y me dio una tiritita gigante que ella misma había dibujado.

—Para que se la pongas a Mustang y así se pondrá bien antes.

En ese momento sí se me escapó una lágrima. Esa niña era lo más dulce que jamás había visto. Mi hermana y su mujer estaban haciendo un buen trabajo.

—Gracias, pequeña, yo mismo se la pondré.

Me quedé a dormir en casa de mi madre, sonará extraño viniendo de un hombre adulto, pero no quería estar solo esa noche.

A primera hora del veinticinco, la mañana de Navidad, fui al veterinario. El día

amaneció triste, con la tormenta más grande que había visto en años, quizá una cruel metáfora de lo que sería mi interior en unos minutos más.

La cara de la veterinaria me lo dijo todo.

—No conseguimos que mejore. Lamentándolo mucho, creemos que lo mejor es que lo dejemos descansar.

No quería hacerlo, era un sentimiento egoísta, casi cruel de mi parte, el animal estaba sufriendo y algo dentro de mí decía que no importaba si con ello íbamos a estar más tiempo juntos. Pero no podía hacerle eso a mi mejor amigo. Era el momento de decirnos adiós.

—¿Me puedo despedir de él? —dije apretando los dientes.

—Sí, sígame.

La doctora me guio hasta el consultorio y unos minutos después llegó Mustang en una camilla, aún tenía el suero conectado. Movi6 su cola cuando me vio. Estaba alegre de verme.

—Hola, colega, no tengas miedo, yo estoy aquí contigo... Siempre vas a estar conmigo, amigo, siempre. Jamás me voy a olvidar de ti...

Mi voz comenzó a temblar, esta vez no me importó lo que la doctora pudiera pensar, lloré, sin vergüenza, sin contenerme, lloré porque necesitaba hacerlo. Mustang lamió mi mano, intentando calmarme, ese animal siempre iba a estar cuidando de mí, incluso en ese momento.

Miré a la doctora y le indiqué que comenzara, no podía soportar más la situación. Mustang me miró directamente y supe que él sabía lo que estaba pasando. Esos ojos tan llenos de amor y agradecimiento terminaron por quebrarme del todo. Puso su cabeza sobre mi mano y tranquilo, en calma, se dejó ir.

Salí del veterinario y no sabía a dónde ir, no me subí al coche, caminé. La lluvia continuaba cayendo con fuerza, pero yo necesitaba calmar mi alma. Una parte de ella lamentaba haber adoptado a ese perro, por-

que si no lo hubiese hecho, nunca hubiera experimentado la tristeza de ese momento.

—Jamás volveré a tener otro animal.

Pero el destino tenía otros planes para mí.

Enfurecido no miré antes de cruzar y un coche casi me atropella. El rugido del motor y el claxon de ese Mustang de los ochenta me asustaron tanto que me tuve que sentar en un banco. Recuerdo que pensé que lo mejor era irme a casa y meterme en la cama.

Cuando intenté levantarme escuché el ladrido tan característico de mi perro, algo imposible, pero eso me hizo mirar hacia abajo y vi una bola de pelo, blanca y negra, más pequeña que un chihuahua, escondida debajo del banco. Una gatita, aún con su lazo de regalo en el cuello. Parecía ser que a algún niño desagradecido no le había gustado y los padres decidieron tirarla como un juguete roto. Cuánta crueldad e ignorancia hay en el mundo. Estaba empapada y temblaba de frío. No podía dejarla ahí, intenté cogerla y me lanzó un zarpazo. Era una niña con carácter o quizá solo estaba asustada. Le acerqué mi

mano para que pudiera olerla y viera que no era una amenaza. Unos segundos más tarde comenzó a confiar en mí, se restregó en mis piernas y esta vez me dejó agarrarla, la puse bajo mi chaqueta y fui hacia el coche.

La sequé como pude y puse rumbo a casa de mi madre, quizá ella se la querría quedar. Se acurrucó en mi chaqueta y me miró del mismo modo que lo hizo Mustang cuando lo adopté.

—Lo siento, amiga, yo no puedo pasar otra vez por esto.

—Miau —dijo a la vez que comenzaba a ronronear.

Llegué al desvío que me llevaría con mi madre y un perro blanco se cruzó en mi camino, pegué un volantazo que hizo que mi coche quedara en el carril contrario. Por suerte no había nadie más en la carretera. Miré a todas partes buscando al dichoso animal, pero no lo encontré. Me di cuenta de que había quedado en dirección a mi casa. Volví a escuchar el ladrido y lo comprendí todo.

—Está bien, colega, me quedó con ella.

Algo dentro de mí me decía que no había encontrado a esa gatita por casualidad. Mustang la había enviado para mí. No iba a despreciar el regalo de Navidad de mi mejor amigo.

En un principio pensé que tener tan rápido a otro animal era faltar a la memoria de Mustang, pero pronto comprendí que una pérdida no es el final del libro, solo es el final del capítulo, la historia debe continuar. Los capítulos pasados siempre se podrán releer y revivir a sus personajes.

Santa 2020

Christian Alexis López

*«Miércoles, 23 de diciembre del 2020.
Bitácora de Draco Elfo:*

»Nuestro jefe se ha embarcado en una misión ultra secreta para salvar nuestro reino. Poco puedo escribir ahora, pues si esta información se filtra, podría terminar anticipadamente con el plan del Sr. Noel. Seguimos con la producción de presentes a marchas forzadas mientras esperamos instrucciones».

En algún lugar del Polo Norte...

—¡Vamos, nobles amigos! ¡Más de prisa! —gritaba Santa Claus a sus renos, ha-

ciéndolos galopar a toda velocidad rumbo al Volcán Rojo, un volcán oculto en las entrañas del Polo Sur, al otro lado del mundo, que a su vez era la entrada secreta al inframundo.

Liderados por Rodolfo, los renos corrían impasibles a las órdenes del viejo barbón, que en su trineo cargaba un arsenal de herramientas mágicas en un último intento de detener la amenaza lanzada por Belcebú.

Durante todo el peculiar año, Santa estuvo trabajando en un antídoto para solucionar los males que habían puesto a temblar a la humanidad entera, que se vio obligada refugiarse en sus hogares para no contagiarse del mortal virus que se desató en el mundo. Sin embargo, todos sus intentos hasta ahora habían sido fallidos, y no entendía la razón de su infructuosa labor.

Un día, a principios de diciembre, Belcebú se regodeaba en la miseria de la humanidad, y confiado en el magistral clímax de su plan, lanzó un comunicado al Polo Norte:

«*Hola, viejo amigo...*», comenzaba diciendo la curiosa carta que llegó al buzón del

Polo Norte entre todas las demás de los niños y niñas de todo el mundo que, ansiosos, anotaban sus deseos más profundos a la espera de la llegada de la Navidad. Esta peculiar carta llamó la atención de Soroh, el mejor amigo de Draco, pues venía en un sobre negro con olor a azufre, muy diferente de las demás.

—¿Qué elfos es esto? —dijo Soroh a Draco, que lo había acompañado al buzón a recoger otra pila de cartas para llevar a la fábrica de regalos.

—No lo sé, pero no me gusta nada —contestó Draco, preocupado—. Será mejor que se la lleve al jefe directamente.

Soroh asintió, y ambos elfos se dirigieron a la cabaña de Papá Noel.

—¿S-señor Claus? —comenzó Soroh, tartamudeando, cuando llegaron con Santa—. T-tiene que ver esto.

—¡Ho, ho, ho! Pero, ¿qué tenemos aquí?

—Llegó esta mañana, junto a las demás cartas —comentó Draco.

—¡Por mis barbas blancas! ¡Querida, tienes que ver esto! —gritó Santa para llamar la atención de la Sra. Claus.

—Pero, ¿qué es todo este alboroto... ? ¡Santo cielo! —exclamó la Sra. Claus, tapándose la nariz para cubrirse del intenso olor a azufre que emanaba de la carta.

—Mis dos pequeños amigos, Draco y Soroh, la encontraron en el buzón.

—Ábrela, ábrela —lo apuró la Sra. Claus.

Hola, viejo amigo.

Espero que esto no te desanime, pero lamento decirte que todo tu esfuerzo del último año ha sido en vano. Tus trucos de magia y tus fórmulas secretas no han servido de nada para evitar la propagación del mortal virus. Y es momento de que lo sepas: yo lo creé. Pero, eso no es todo. Eso ha sido tan solo el comienzo del fin. En Nochebuena, cuando el reloj marque las doce en punto y comience la Navidad, justo cuando todas las familias estén reunidas, mi ejército de demonios y almas en pena y yo, invadiremos el

mundo y llevaremos el infierno a todos los rincones de la tierra.

El escenario de mi gran espectáculo está servido en bandeja de plata. Te aconsejo que esta Navidad te quedes en el Polo Norte, escondido. No quiero hacerte daño, aún tengo un dejo de estima por ti y nuestros años de juventud. No intentes detenerme, ya es tarde.

Tu viejo amigo, Belcebú.

Santa, su esposa y los jóvenes elfos se miraron unos a otros incrédulos. El infernal plan del demonio estaba en marcha, y estaba en sus manos salvar la Navidad, y con ello, a la humanidad entera.

—Acérquense, amigos míos —dijo Santa a los elfos—. Ya oyeron lo que dice la carta. Sin embargo, no permitiré que el inframundo se apodere de la tierra. Necesito que nadie se entere de esto. Una guerra se aproxima.

»Soroh, necesito que tú te encargues de que los demás elfos terminen de fabricar los presentes antes del 24. Necesitamos estar li-

bres ese día para enfrentar lo que se avecina. Y tú, Draco —dijo mirando al otro elfo—, necesito que lleves registro de todo lo que pasa por aquí y le informes inmediatamente a la Sra. Claus cualquier anomalía que encuentres. Deberás estar atento a la menor señal de problemas. Yo intentaré sorprender a Belcebú y evitar una catástrofe. Confío en ustedes, están a cargo ahora.

—Claro, señor —dijo Draco.

—Por supuesto —contestó Soroh.

Ahora, tras casi un día de cabalgata en el trineo, un paisaje siniestro se desplegó frente a Santa y los renos. De la humeante boca del Volcán Rojo asomaba un aura naranja que atemorizaría hasta al más valiente de los bomberos del mundo.

Santa y los renos buscaron un peñasco en los linderos de la boca del volcán para esconderse y poder entrar al inframundo de manera sigilosa. El Sr. Claus encontró el lugar ideal, debajo de una gran roca, con un claro apenas suficiente para que los renos pudieran esconderse y descansar.

—Quédense aquí, amigos —dijo Santa a sus renos—. Buscaré la manera de entrar, pero no pueden ir conmigo.

Los renos protestaron con un bramido.

—Tranquilos, amigos. Los necesito aquí afuera. Rodolfo —se dirigió Santa al reno de la nariz roja—. Si no vuelvo en una hora, vayan por ayuda.

Santa acarició la cabeza de sus renos y cargó el costal con sus armas mágicas al hombro antes de entrar.

Andando sigilosamente por las orillas del volcán, Santa encontró un pasadizo hacia adentro de la tierra, bloqueado por una gran roca. Con todas sus fuerzas, empujó hasta que pudo mover la pesada cubierta, y supo que había encontrado el lugar perfecto para infiltrarse al inframundo.

El calor ahí dentro era insoportable, y sus largas barbas se empaparon de sudor rápidamente. Después de un rato, encontró un pasillo que daba a una gran puerta metálica muy oxidada. Cuando estaba a punto de llegar, escuchó las voces de dos jóvenes demonios a su espalda, y rápidamente se tiró al

piso y se arrastró hasta esconderse detrás de una roca. Suspiró de alivio cuando las voces se alejaron.

Con cautela, llegó hasta la gran puerta oxidada y giró lentamente la perilla. Para su sorpresa, la puerta cedió con facilidad, sin emitir sonido alguno. La abrió lentamente y asomó para ver la figura de Belcebú de espaldas a él, mirando una gran pantalla que proyectaba varias escenas de lugares alrededor del mundo. Después de asegurarse que el gran demonio estaba solo, decidió sorprenderlo y acabar con todo.

—Hola, viejo amigo —dijo, haciendo eco de las palabras de la carta.

El demonio volteó y vio al viejo regordete apuntándole con una varita mágica, amenazante.

—Hola, barbón, te estaba esperando —contestó una voz.

Santa, confundido, se percató de que la voz venía de detrás de él. Antes de poder reaccionar, un golpe seco en la nuca lo dejó inconsciente.

Mientras tanto, de vuelta en el Polo Norte, Draco esperaba noticias de su jefe, preocupado al no saber qué estaba ocurriendo ahí abajo. De pronto, el frío del Polo Norte se volvió casi insoportable aunado a la angustia que sentía el pequeño elfo, así que decidió encender una fogata para tratar de entrar en calor y relajarse un poco.

Draco se percató de que algo en las llamas no era normal, el delicioso aroma de la leña de pino quemándose que cabía esperar no estaba ahí, y en cambio, emanaba un horrendo olor a azufre similar al de la carta.

—Pero qué... —murmuró.

Santa despertó de la inconsciencia y se encontró atado a una silla, mirando de frente a Belcebú, que reía ante la confusión del viejo barbón.

—¿En verdad creíste que atraparme sería tan fácil? Apuesto a que no esperabas ese truco, ¿verdad?

—¿Por... qué... haces... esto? —preguntó Santa, arrastrando las palabras.

—¿Por qué? Pues, porque ha llegado la hora. La tierra ha estado apoderada por los horrendos humanos el tiempo suficiente. Por siglos, los demonios hemos sido los rechazados, los de abajo. Es momento de que la humanidad y toda su bondad desaparezcan. No sirven de nada. El reino del demonio dominará todos los rincones de la tierra. Y lo mejor, ahora tú podrás mirar desde un asiento en primera fila sin poder hacer nada. Ponte cómodo y disfruta del espectáculo.

—No lo lograrás. Pronto mis amigos se darán cuenta de que algo anda mal y vendrán a mi auxilio.

—Ja, ja, ja. Vaya que eres ingenuo. ¿Hablas de tus renos?

Belcebú presionó un botón en su consola y mostró en la pantalla a los renos atados y amordazados en alguna celda del inframundo.

—¿Cómo piensas entrar a todos los hogares del mundo? Nadie te lo permitirá y tu ejército no es tan grande.

—He logrado perfeccionar un hechizo para usar cualquier llama como portal. Esta

noche será la más helada de todo el año, y cuando los humanos enciendan sus chimeneas, tendremos acceso a todos y cada uno de los rincones de la tierra. En unos minutos comenzaremos a invad...

Una gran explosión hizo volar la puerta en pedazos e interrumpió a Belcebú. Cuando el humo se disipó, un gran ejército de elfos armados hasta los dientes apareció amenazando al demonio. Belcebú intentó huir de la escena pero rápidamente, con ayuda de sus armas mágicas, los elfos le lanzaron un hechizo que lo inmovilizó. Pronto, Draco ayudó a quitar las ataduras de Santa, quien sorprendido le dijo:

—¿Cómo llegaron tan rápido, pequeño amigo?

—El fuego...

—... era un portal —completó Santa—. ¡Ho, ho, ho! —gritó de alegría.

«Viernes, 1ro de enero del 2021. Bitácora de Draco Elfo:

»Anoche, el mundo entero pudo despedir el inusual año con alegría y paz. El mortal virus desapareció y todo volvió a la normalidad. Millones de familias pudieron reunirse para festejar la noche vieja cantando villancicos. Ojalá esta paz prospere durante el resto del año».

Natividad

Silvana R. Marchese

Sentir palpar mi corazón,
recordando un pasado de festejos,
recorriendo lo plasmado en mi andar
simple y complejo.

Como si nada me hubiese lastimado,
solo ver distante un encuentro,
donde no hay palabras ni gesto
colmándose mi vacío con silencios.

Pero injusto sería quejarme
si todavía puedo verme al espejo,
cuando hay tantos este año
que hoy lloran por sus muertos.

Me sentaré en mi mesa vestida
con mantel y relucientes cubiertos,

acomodando los platos
que alguna vez repartí con esmero.

No deseo que me gane
aquello que siempre le escapo,
es ese sabor amargo
de no poder abrazar a mis nietos.

Natividad llena de luces,
así recuerda mi mente.
No hay olvido por nadie,
porque siento a todos presentes.

Resumiendo los tiempos

Mireya Sáenz

Esta inmensa pequeñez que me
conmueve
alimentada por los recuerdos de sueños
desarmados
que dejé colgados en las paredes de mi
habitación,
me sepulta a una melancolía de 365 días sin
contar las noches.

Resumo hoy mis esperas incontables,
los besos que no me atreví a regalar,
las noches de pasión ahorradas que nunca
gastaré,
las palabras que me impiden nombrar la otra
mitad de mi yo inquebrantable,
las distancias que debo quemar para
imaginar unas manos en mi piel,

las lágrimas que oculté bajo juramentos rotos
por enésima vez,
las renunciaciones que llegaron sin esfuerzo para
fortalecer la apatía y
la incredulidad.

Y es que en estas fechas,
acabo despidiéndome de mí misma,
arrojándome a los vacíos donde crecen las
espinas
para purgar de una sola vez toda verdad
profanada,
para lograr superar los “no”
que me faltan todavía y conservar la alegría
de celebrar los triunfos.

Cada Navidad me siento a resumir mis
tiempos; y en este año, me encontré con que
las despedidas superan las lágrimas,
que las fuerzas para vivir se estancaron en los
finales repetidos,
que los miedos se hacen fuertes ante mi
cuerpo desnudo,
que la noche se ha dibujado bajo mis
párpados
y la antigüedad se ha ido colando de a poco
en mi piel;

la misofonía encontró el camino para
explotar sin culpas y otra mancha de
silencio se ha formado en mi voz.

Me atrincheré en el cuarto, no para
esconder el dolor, sino como otra forma de
atravesar la catarsis, intentando no perder la
esencia pulverizada que aún conserva mi
aliento.

Entonces...una voz sin rostro me grita (ha de
ser la ingenuidad envilecida) desde la prisa,
desde la calma, repite hasta
convencerme que sí existen los
comienzos, que la belleza se irá solo con mi
último suspiro, que mi mano todavía sostiene
un lápiz y mis ojos un horizonte.

Me decido a declararme lumbre a mitad de
este invierno aunque no tenga tiempo para
mostrar mi traje nuevo, pero he de romper los
espejos para no verme como una idólatra
pagando tributo a la
benevolencia de los años.

Del compromiso con la
literatura indie nace la
necesidad de aprendizaje,
y de la necesidad de
aprendizaje nace la urgencia
de comunidad.

SONIA PERICICH

Hoja en Blanco

Que el nuevo año nos encuentre unidos,
trabajando duro por cumplir nuestros
sueños y lejos (¡bien lejos!) de
la hipócrita soberbia.
Juntos se puede, se puede todo.
Empatía, sinergia, compromiso, respeto,
objetividad, amor.

**¡Feliz Año Nuevo,
Escritores Independientes!**

